

En la terminal hay gente variopinta. Muchos colores y más nacionalidades que apenas se mezclan entre sí.

Tras el oportuno anuncio por megafonía, dos azafatas de tierra que sonrían como robots comienzan a embarcar con prisa a los pasajeros del vuelo de Ryanair a Barcelona. Harto de formar parte del rebaño, con el billete de avión y el DNI en la mano, Carlos imagina con humor lo tranquilo que sería el viaje si le tocase sentarse al lado del antipático de la chaqueta negra que le precede en lugar de junto a la rubia maciza de los vaqueros ceñidos que cierra la cola. A escasos metros del mostrador de embarque, cuando se lamenta de que todavía faltan treinta minutos para despegar, alguien le toca el hombro.

—Hola, eres Carlos, ¿verdad?... Soy Fran, el marido de Laura Muñoz... ¿Podemos hablar un momento?

—¿Le ha pasado algo a Laura?

—No, estoy aquí por mi hija —dice Fran caminando lentamente junto a Carlos—, me gustaría hablar contigo solo un minuto. Siento abordarte así pero no tienes nada que temer, solo quiero preguntarte algo muy concreto y si no puedes o no quieres contestar, no hay ningún problema, bueno —Se rasca la barba de varios días—, la verdad es que sí lo hay pero tú no tienes la culpa.... —Sonríe—. Perdona, no sé lo que digo, estoy un poco nervioso.

—Hace muchos años que no veo a Laura, ¿no ha venido con usted?

—He venido solo. Me puedes tutear, no soy tan viejo, llámame Fran. ¿Podemos hablar?, será solo un momento.

Muy cerca del mostrador de embarque, Carlos sale de la cola y ambos se distancian del resto de pasajeros.

—Me gustaría saber cómo me ha encontrado —dice Carlos deteniéndose en seco, todavía sorprendido de que un hombre como Fran, canoso, barrigudo y con una sonrisa fofa, sea el

marido de Laura—. Y cómo me ha reconocido.

—Laura me enseñó unas fotos antiguas —Sonríe—. No has cambiado mucho y supe que estabas aquí porque llamé a tu casa y hablé con una mujer con acento de un país del este... Tuve que decirle que era uno de tus mejores amigos de la Universidad para que me dijera dónde estabas. Siento haberle mentido...

—¿Y mi número de teléfono?

—Lo tenía Laura... Pero mejor voy al grano, si te parece... —dice Fran algo cortado, agobiado por la rapidez con que se consume la cola. Carlos asiente—. Hace diez días los padres de Laura se quedaron a pasar la noche en casa y la niña durmió en el estudio. La noche siguiente los abuelos ya no estaban pero Bea prefirió no mudarse a su habitación hasta que la vi... Fue exactamente hace seis días, de madrugada, me puse a escribir un rato en el estudio, donde tengo el ordenador, ella dormía, y de pronto oí un ruido detrás de mí... Al darme la vuelta vi perfectamente cómo el largo pelo de Bea se movía como unos tentáculos que se enrollaban lentamente a las hojas y el tallo de un tronco de Brasil que estaba a la altura de su cabeza —Avergonzado, valora la sorpresa en el rostro de Carlos—. Eran cinco o seis tentáculos moviéndose solos, muy despacio... Ya sé que es difícil de creer, pero Laura me contó lo de tu madre y...

—¿Qué pasó después? —le interrumpe Carlos.

—Al principio me quedé inmóvil y cuando tuve valor para levantarme, el pelo volvió rápidamente a su posición natural, o sea se desplomó —Mueve enérgicamente las manos—, como si hubiese detectado mi movimiento. Eso me asustó mucho y me quedé otra vez paralizado, el corazón me salía por la boca... ¿Crees que me he vuelto loco? —Sonríe.

La cola desaparece. Las azafatas de tierra señalan a Carlos como el único pasajero que falta por embarcar.

—No te ofendas pero creo que tomarte por loco sería lo más sensato porque si creyese que estás cuerdo, el loco sería

yo. Pero lo que realmente pienso es que debes de estar desesperado para presentarte aquí y contármelo así, sin más. ¿Exactamente por qué has venido?

—Te lo he dicho, Laura me contó esa historia sobre el pelo de tu madre enredado en una planta.

—¿Crees que las dos cosas tienen algo que ver?

—Bueno —Se sonroja—, no lo sé, pero en los dos casos el pelo hizo algo raro con una planta.

—¿Por qué no ha venido ella?

—Supongo que no lo habrá creído necesario.

—Lo de mi madre pasó hace casi veinte años, antes de conocer a Laura. Por cierto, ¿está bien?

—Está bien, sí, un poco jodida con todo esto, pero es normal, todo esto nos supera, yo mismo no me lo creo. Sé que no tiene sentido pero Bea ha cambiado desde que empezó a dormir en el estudio, por ejemplo con su complejo de obesidad. Antes lo llevaba fatal y ahora no le importa estar gorda, incluso bromea, nunca bromeaba sobre eso. Y también habla mejor, se expresa mejor. Creo que lo de la planta la está cambiando. Sé que es una locura —Se disculpa—. De todas formas Laura no es capaz de darle la importancia que yo quiero darle porque ella no ha visto el pelo moviéndose. Si lo hubiese visto... ¿Tú viste lo de tu madre?

—No lo vi moverse, si eso es lo que preguntas.

—Pero es cierto que se le enredó en una planta.

—En un bonsái, un gran bonsái.

—¿Y tuvieron que cortarle el pelo?

—Estaba tan enmarañado que nadie supo explicar lo que había pasado.

—¿Eso sí lo viste?

—Sí pero no me gusta recordarlo.

—¿Le pasó solo una vez?

—Que yo sepa, sí.

—Perdona que te interrogue así, es que...

—No te preocupes, me hago cargo.

—¿Crees que el pelo de tu madre se movió también solo?

—Es una opción que nunca contemplé en serio, supongo que no... Lo que tú cuentas es... ¡pfuuu!... es...

—Difícil de creer, lo sé, pero yo lo vi... ¿Cambió mucho tu madre?

Carlos desvía la mirada.

—Hace mucho que no la veo..., casi tanto como a Laura.

—Laura me ha dicho que desapareció hace tiempo —dice Fran—. Lo siento. ¿No has sabido nada de ella?

—Nada.

—¿Crees que fue por lo del pelo?

—No te entiendo.

—Que si crees que su desaparición tiene relación con lo del pelo y el bonsái...

—Desapareció mucho después de que le pasara. La verdad es que hace tiempo que dejé de pensar en todo eso... ¿La niña se lo ha tomado bien? —Ase la maleta con fuerza apremiado por las miradas de las azafatas.

—Ella dice que no le pasa nada y que si está cambiando es porque es adolescente. Es muy lista, eso siempre lo ha sido.

—¡Señor, por favor, si va a embarcar, el vuelo va con retraso y vamos a cerrar las puertas!

—¡Un momento! —responde Carlos. Después se dirige a Fran—. Me gustaría seguir hablando aunque no sé si os podré ayudar. Si quieres, me podéis llamar al móvil. Son tres seises y seis treses.

—¿Cómo?

—Seis, seis, seis y lo demás son treses.

—Ah, vale, fácil de recordar, bueno, pues gracias, muchas gracias.

—Las chicas me van a matar —Señala con la mirada a las azafatas y ofrece su mano a Fran, que se la estrecha enseguida—. No creí que volviese a oír hablar de pelo enredándose en una planta. Creo que sé cómo te sientes.

—Estoy bastante preocupado por la niña y duermo fatal...

Oye, ¿por qué crees que el pelo hace eso?

Carlos se encoge de hombros.

—Pensé en mil cosas pero no sabría decirte... De todas formas lo que tú has contado es diferente a lo de mi madre, no sé qué decirte, cuesta trabajo crearlo...

—Lo sé... ¿No tienes ninguna idea?

—La mejor conclusión a la que llegué fue dejar de hacerme preguntas. ¿Tú qué piensas?

—No sé. Estoy asustado.

—Se te pasará.

—¿Qué le pasó a tu madre? —insiste Fran.

—El pelo se enredó completamente en...

—No me refería a eso, preguntaba si después le pasaron más cosas raras, o si cambió mucho...

—¿Cambiar?... Para unas cosas bien y para otras mal, como todo el mundo. Digamos que se hizo muy independiente... Pero a tu hija no tiene por qué pasarle lo mismo. Me tengo que ir, lo siento.

—Gracias otra vez, te llamaré. Buen viaje.

—Gracias. Adiós. Dale recuerdos a Laura.

—Se los daré.

Fran mira cómo Carlos entra por fin en el túnel de embarque. Cree que oculta algo y asume que no ha obtenido la respuesta tranquilizadora que esperaba. Por última vez ambos cruzan mirada. La voz melosa de megafonía se estira y las puertas se cierran.

En un quiosco de la terminal Fran compra un botellín de agua y después se sienta para tomarse un Santonal. Piensa en llamar a Laura y se palpa el bolsillo de la cazadora buscando el móvil. A su juicio Carlos no ha podido evitar demostrar las ganas que tiene de volver a ver a Laura y está convencido de que ambos follarían de nuevo si tuviesen una oportunidad. Es obvio que Carlos es un hombre interesante, inteligente, todavía joven y atlético, y sin embargo él se ha convertido en un cuarentón asustado, barrigudo y decadente. El pelo de Carlos es

vigoroso y el suyo retrocede acobardado. Fran piensa que de todos los amantes de Laura de los que ha oído hablar, y no son pocos, Carlos fue a quien ella más quiso y es muy probable que siga queriéndole. Saca el móvil del bolsillo, le da varias vueltas con las dos manos y se fija en una niña de unos cinco años con la cabeza rapada que no deja de moverse y vociferar al otro lado del pasillo central de la terminal. Una niña calva y adorable que maltrata a una hermosa kentiá y saca de quicio a su atractiva madre. Por megafonía anuncian el inicio del embarque del vuelo de Iberia a Berlín y la madre va en busca de su hija, muy entretenida con las hojas de la kentiá, utilizadas como improvisada peluca para cubrir su calvicie. Coquetea y simula que tiene una larga melena verde hasta que la madre se la lleva con algo más que autoridad.

Fran guarda el móvil y se levanta dispuesto a volver a casa pero en ese momento ve algo moverse en el interior de la maleta de la madre. Imagina los largos mechones de pelo de la niña serpenteando entre la ropa interior de mamá. Cierra los ojos e intenta valorar el efecto del Santonal. Su ritmo cardíaco es normal pero aumenta cuando suena el timbre de su teléfono.

—Hola, ya he estado con él... —contesta Fran.

—¿Por qué no me has llamado? He tenido el móvil a mano todo el rato y me he escapado antes de pilates por si llamabas.

—Se ha ido ahora mismo...

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Laura impaciente.

—Creo que me ha creído.

—¿Sí?

—Por lo menos más que tú.

—Dijimos que no íbamos a discutir más por eso —le interrumpe—. ¿Te ha dicho algo?

—Todavía no estamos discutiendo... No me ha dicho nada concreto, tenía prisa por embarcar, solo me ha dado su móvil para que le llame. Tenías que haber venido tú, seguro que a ti te hubiese dicho más que a mí... Creo que sabe algo.

—¿Por qué lo dices?

—Por su forma de hablar, bueno, y también al final me ha dicho que a lo mejor podría ayudarnos, que teníamos que hablar, y tengo la sensación de que no nos gustará oír lo que tiene que decir.

—¿El qué?

—No sé, ¿cómo quieres que lo sepa?

—¿Cómo ha reaccionado al verte?

—Al principio ha sido un poco cortante pero al final bien.

¿La niña está bien?

—Bailando en su habitación.

—¿Bailando?

—Lo que oyes.

—Mientras le dé por eso... Laura, te llamo en un momento, solo será un momento...

—¿Qué pasa?

—Después te lo explico, nada importante. Voy a saludar a un conocido.

Fran corta la comunicación pensando que se está volviendo loco. De nuevo ha visto cómo algo se movía en el interior de la maleta cuando la niña se ha apoyado en ella. Enseguida la madre la ha apartado bruscamente y después ha remetido algo dentro de la maleta antes de cerrar la cremallera. Fran se siente imbécil por pensar lo que piensa. ¿Pelo de la niña moviéndose en una maleta y saliendo por un hueco de la cremallera? En todo caso será algún pobre animal encerrado. Puede que una serpiente, o tal vez una visión, todo menos pelo de la niña. La madre agarra con una mano a su hija y con la otra coge la maleta y se aleja de la cola. Trata con excesiva brusquedad a la pequeña pero nadie le dice nada. Fran decide seguirla a cierta distancia como un detective de película. La gente aburrida e inconsciente del aeropuerto contiene la ridícula exaltación que experimenta Fran a la caza de una respuesta. La mujer anda cada vez más deprisa. Mira con frecuencia la maleta y de vez en cuando con mala cara a la niña. Se detiene y habla con una limpiadora que señala el fondo del pasillo. Fran piensa que

busca el baño y no se equivoca.

Al final del corredor, madre, hija y maleta entran en los servicios de mujeres. Fran se detiene en la puerta sintiéndose estúpido y audaz. En un espejo puede ver cómo la madre tira con fuerza de la oreja de la niña y la arrastra prácticamente en volandas hacia dentro. Fran se indigna y se sorprende porque la niña ni siquiera ha protestado o llorado. Sin pensárselo dos veces entra con cautela en el baño después de asegurarse de que nadie le ve. Nunca había hecho nada parecido y piensa con cierto orgullo que podrá utilizar la experiencia en la novela que desde hace tiempo no es capaz de empezar. Asustado por un golpe, se mete rápidamente en uno de los cinco escusados, cierra la puerta y ahoga la respiración para poder distinguir los diferentes ruidos que se confunden: unos pasos, la cremallera de una maleta, la voz lastimera de la niña, el agua de un grifo, más pasos, cuchicheos, un extraño gemido... Se sube de pie en la taza del váter, dispuesto a asomarse con mucho cuidado a uno de los escusados contiguos. La curiosidad puede más que el miedo y mira en el de la izquierda pero está vacío, así que se asoma al de la derecha y descubre el escorzo de una mujer de pelo largo y oscuro sentada en el váter con los pantalones bajados hasta las rodillas, masturbándose con frenesí, frotándose el clítoris como si limpiase una mancha persistente con estropajo. Fran se oculta acobardado y excitado, con el corazón como un tambor. Oye la voz de la niña pero no puede entender lo que dice. La madre chista. Piensa que deben de estar más allá del escusado vacío cuando oye un grito muy agudo, más que el grito de una niña, el de un perro. No sabe qué hacer, está deseando asomarse de nuevo para ver a la fogosa morena pero el sentido común le dice que salga de allí cuanto antes. Entonces suena su móvil y casi le da un infarto. Insulta a Laura después de ver su nombre en pantalla y ajusta el modo silencio mientras escucha cómo se abre la puerta de uno de los escusados. Tal vez la vecina cachonda se haya quedado satisfecha o tal vez el timbre del móvil le haya cortado todo el

rollo. Está deseando verla de nuevo pero tiene miedo. De un salto se sube al váter y de nuevo se asoma con cuidado y se topa con la sorprendida mirada de la morena, que le empuja de tal modo que está a punto de caerse. Piensa en salir corriendo sin embargo oye a madre e hija hablando al otro lado de la puerta. Arrastran la maleta. Solo tiene que esperar a que salgan de los servicios y no parará de correr hasta llegar al coche. Se dejará de gilipolces. Ni siquiera se detendrá para abroncar a mamá Tarantino. Entonces ve la cabeza de la vecina mirándole en picado desde arriba, a tan solo medio metro. El susto es tremendo. La mujer del pelo negro tiene la frente arrugada y no parece tan joven. Un largo mechón se mueve como un péndulo delante de su enfurecida cara. Mira a Fran con violencia, como una juez implacable, y él se pone colorado, niega con la cabeza y con las manos, y enseguida ella desaparece. Con el corazón en vilo espera oír un grito de socorro o algo parecido pero no oye nada, tampoco a la madre ni a la niña, solo silencio que le anima a escapar de allí cuanto antes. Justo cuando va a abrir, alguien llama a la puerta. Tríadas de toques secos. Quita el pestillo muy asustado y abre despacio, dispuesto a explicarlo todo, o mejor casi todo, sin embargo la disposición de Fran es correspondida con la violencia de la vecina del pelo negro, que entra como un tanque en el escusado y le aprieta con una pequeña pistola la polla. Fran está a punto de desmayarse. Ella le mira ferozmente de arriba a abajo, le inmoviliza con la pistola y con la otra mano le desabrocha los pantalones. La pichurra de Fran tiene mucho miedo y se esconde. La atlética morena empieza a tocársela.

—¿Qué haces?! ¡Quieta!

—¡Quieto tú, hijo de puta! ¡Quieto tú, cabrón! —Le inmoviliza—. ¡O te quedas sin gusanito!

—Lo siento mucho, de verdad, lo siento, no es lo que parece, solo estaba buscando a una mujer que le había pegado a una niña —balbucea Fran muy acojonado.

—¡Te gusta mirar, hijo de puta! ¿Qué pensabas hacer con

esta gominola, cabrón?

Él intenta de nuevo resistirse pero ella se mueve rápido y le coloca hábilmente el codo en el cuello.

—¡Te estás quieto, cabrón!... ¡eh!, ¡quieto!... ¡¿vale?! ¡No te lo vuelvo a repetir!

Fran asiente y resolla, no puede respirar bien. La mujer retira el codo del cuello, mordiéndose la lengua, y le clava una vil mirada. Después le estira el pene, se agacha y empieza a chupárselo sin dejar de mirarle de reojo, encañonándole el culo con la pistola. Le lame los testículos. Fran piensa en golpearle la cabeza pero el espanto inmoviliza todo su cuerpo, incluida por supuesto la pequeña polla aterrada, que se niega a levantarse. Una polla ridícula para semejante leona. Fran se marea, ve el largo pelo negro de la violadora moviéndose independientemente de la cabeza. Cierra los ojos. Entonces ella se levanta, le coge el culo con las dos manos y le lame la cara. Su aliento es puro alcohol y sus ojos son fuego. Se desabrocha dos botones de la camisa, se baja la cremallera del pantalón y se lleva la mano regordeta de Fran a una de sus tetas, la que tiene tatuada la bandera de España. Después agarra el poco pelo de Fran y le baja con fuerza la cabeza hasta el coño, tatuado con un águila negra, grande y libre, y le obliga a comérselo. Fran se resiste sin convicción. Su polla ha olvidado completamente el protocolo y sigue sin crecer. Resignado a su suerte, Fran chupa el águila negra y su nido frondoso y apestoso. Chupa y babea al ritmo que marca la morena tirándole del pelo como en la película Ratatouille. Fran aprende rápido. De pronto ella tira con fuerza hacia arriba. Fran se incorpora dolorido y ella le mete la mano bajo la camiseta.

—¿Dónde están tus pelos del pecho, maricón? Ya no hay tíos con dos buenos cojones ni pelos en el pecho. Mantequilla de mierda... ¡Puto gilipollas, lárgate de aquí! ¡Vamos, lárgate antes de que te dé una hostia!

Fran se sube como puede los pantalones, humillado, y abre muy asustado la puerta. Ella le da una patada en el culo y él

echa a correr abrochándose el cinturón con dificultad, con la boca y la barbilla brillantes de baba. Nada más salir de los servicios disminuye la velocidad para no llamar la atención. Anda deprisa, mirando a menudo hacia atrás, con el miedo circulando por todo su sistema nervioso. Se plantea denunciar lo ocurrido o bien olvidarlo y enterrar su vergüenza, acojonado por la posibilidad de que su violadora avise al puesto de control para que le detengan. Si lo hiciera pondría en un aprieto a Sergio, el amigo de su hermano que le ha dejado pasar hace unos minutos a la zona de embarque a pesar de no ser un pasajero. Su hermano se enteraría de todo. No sabría explicar por qué estaba en el baño de mujeres, no sería creíble, y por supuesto sería humillante admitir que le han violado o casi violado, no lo sabe muy bien. Todavía no puede creerlo. No quiere creerlo. ¡Es increíble! La limpiadora se queda mirándole. Sus acelerados pasos persiguen sus veloces pensamientos. Ve a la niña calva sentada en el suelo cerca del mostrador de embarque acariciando a un perro de la raza shitzu que tiene en brazos, un perro con el pelo muy largo que parece muerto o muy dormido, seguramente drogado. A su lado está la maleta abierta y a un paso mamá Tarantino habla acaloradamente con un empleado de la compañía aérea que tal vez debería proteger sus orejas.

En el parking Fran maldice su suerte. Se siente el hombre más estúpido del mundo y ni siquiera el consuelo de creerse a salvo suaviza su sentimiento. Mira el móvil. Tiene siete llamadas perdidas de Laura. Se promete no contarle nada de lo que le ha pasado en los servicios.

Antes de llegar al coche se cruza con una fila india de esquizofrénicos empastillados con barrigas prominentes y los brazos caídos como si tuviesen las manos de hierro. Un rebaño de pobres diablos castigados desde dentro. Encabeza la fila un hombre joven y fuerte con el pelo muy largo recogido en una coleta y la cierra una mujer obesa con ropa de hombre y una trenza muy larga que bascula al compás del cimbreo de sus

caderas. Son los pastores de pelo largo de los neuróticos drogados y rapados, un grupo extraño de zumbados, gente que ve plantas y todo tipo de objetos inanimados moviéndose por sí solos, gente que sufre demasiado y necesita más droga de la normal. Fran se mete en el coche y no deja de mirarlos hasta que les pierde de vista. Se toma otro Santonal y arranca.

—¡Hija de puta! —grita con todas sus fuerzas en el interior del vehículo—. ¡¡Hija de puta!!

Está demasiado nervioso para conducir. Apaga el motor e intenta relajarse. Después de lo que le ha pasado, lo del pelo de su hija le parece una bobada. Una puta visión, sí, eso es, una estúpida visión. Tiene que cambiar de chip y considerar que lo de aquella noche fue solo una alucinación y sobre todo crear las condiciones adecuadas para que no vuelva a repetirse. Pero entonces se pregunta por qué Carlos parece saber algo. Y a continuación razona que lo del perro de la maleta ha dejado todo un poco más claro. Se va a volver loco. Imagina a esos pobres que desbordan los psiquiátricos del planeta, mucha gente con alucinaciones fantásticas. Miles y miles de psicóticos con visiones de todo tipo. Durante un momento piensa que seguramente construyó la visión del pelo vivo por algún motivo y poco después está convencido de que vio algo muy real que la sociedad nunca le permitirá explicar. A veces el vínculo ficticio y frágil que nos une a una supuesta realidad se debilita y termina por romperse. Le da miedo pensarlo y entonces razona lo siguiente: si fue solo una visión, ¿por qué la noche siguiente Bea apareció en el salón durmiendo al lado de la planta? ¿Y cómo es que a la madre de Carlos le pasó algo parecido? ¿Y el cambio que la niña está experimentando? Dadas las circunstancias, admitir sin dramatizar que es un psicótico es una alternativa nada despreciable, y ello incluso asumiendo que, aparte de la visión, no ha padecido ni uno de los síntomas del cuadro clínico de un psicótico. No le cuesta expresarse ni tiene cambios bruscos de humor, ni se repliega sobre sí mismo, ni cree en conspiraciones, aunque es verdad que está algo

deprimido desde hace algunos meses. Tener visiones le parece mucho más probable que ser violado por una mujer pero lo que ha ocurrido en el baño es muy real, no ha sido ninguna alucinación, todavía puede oler y saborear a la morena, la tiene pegada a la piel y a la lengua.

—¡Hija de la gran puta! —grita golpeando el volante—. ¡¡Cabrona de mierda!! —exclama con el orgullo destrozado.

Bebe el agua que queda en el botellín pero antes de tragársela piensa que con ella penetrarán los restos moleculares de la violadora. Abre la ventanilla, expele el agua con fuerza y escupe varias veces con rabia y con asco.